

El siniestro asesino ingenuo por Yrvin Cedeño

¡Hasta un asesino en serie hubo en este pueblo!

El único que se atrevió a tal cosa fue por puro accidente. Era un médico de los muy pocos que quedaban y que, venido de la capital, decidió radicarse en un lugar tan pintoresco y singular como este.

Don Venancio Estrada, pasó su vida en el pueblo desde los veintisiete años de edad, cuando tomó la decisión de hacer vida en este bello lar. Por lo que toda su carrera, prácticamente transcurrió en este pueblo. Don Venancio Estrada era el medico de todos y hacía de todo: desde recomendar una pastilla para dolor de cabeza hasta hacer una operación radical de extracción de tripa (lo que en medicina se conocía como “apendicetomía”).

Al hacer de todo era muy lógico que, llegado a cierta edad, tendiera a confundirse. No era culpa suya, sino de los estragos e infortunios del paso irrefrenable e inevitable del tiempo.

Como todo asesino en serie, empezó por confundir los medicamentos. Recetaba pastillas de dolor de cabeza para un dolor de vientre, analgésicos para la diarrea y antibióticos para las jaquecas. Tanto así, que un día, un reumatismo crónico en el pueblo afecto a casi todas las viejitas, a lo que don Venancio Estrada con toda su veteranía, en un descuido les receto viagra. Milagrosamente funciono, porque en vez de quitarles los dolores del reuma, se los aumento todos, concentrándolos en el punto débil de las sexagenarias: la querica. O como le dicen en otras partes del mundo: la concha, la desdentada, la de labios gruesos o la garridia.

Esa tarde en el pueblo hubo un alborotamiento en todas las casas. Los pobres rucos, como inocentes querubines, se hallaban compungidos y sin saber qué hacer con aquellas masas vejucas de cueros colgantes que estaban calientes, pidiendo a grito partido y silencioso un bombero que las auxiliara y les apagara esa candela que les venía desde abajo hacia arriba –lo que en este pueblo se conoce como “viejas con la pepita caliente”–. Esa noche, varios huesos (casi centenarios), fueron atendidos en el consultorio del doctor Venancio Estrada en el Centro Asistencial del pueblo.

Y así se fueron suscitando más y más episodios bochornosos que los despistados pobladores no imaginaron como iban a concluir. Por supuesto, la credibilidad de los pobladores en el medico fue mermando hasta ser nula por completo, pero como era el único médico en el lugar, a la gente no le quedaba de otra.

Los habitantes del pueblo intentaban enfermarse lo menos posible. A no ser que estuviesen en sus últimos segundos, trataban en lo posible de no acudir con el anciano médico.

Hasta un día que don Venancio Estrada, con noventa y cuatro años, programó tres cirugías el mismo día y a la misma hora. Afortunadamente en cuartos distintos, pero vecinos. No fue hasta cinco minutos antes de la cuestión, cuando su secretaria se dio cuenta y le informo la particularidad. A lo que el anciano medico respondió:

–¡Nunca, en toda mi carrera, he hecho esperar a un paciente! ¡Menos lo voy a hacer ahora!
–y remató con su máxima–. Ellos son pacientes, pero no tienen nada de paciencia.

Fue entonces, pues, que se suscitó el fatídico caso en el pueblo. El doctor Venancio Estrada, en su despiste y loco apremio, yendo y viniendo de un cuarto-quirófano a otro, se confundió de procedimientos. Había que trabajar con las uñas en ese pueblo y el pobre anciano solo fue víctima de ello.

En medio del ajetreo y el alboroto de las enfermeras que corrían de aquí y de allá con los instrumentos y las bandejas de acero inoxidable, el doctor quito el corazón a uno y se lo puso a otro, el corazón malo lo olvido por ahí, le saco el apéndice a uno que la tenía buena y la tiro por ahí, el hígado malo de uno se lo puso al otro y el bueno nunca se encontró.

Si el doctor Venancio Estrada hubiese seguido, fuese repetido los hechos realizados por un colega suyo apellidado Frankenstein. Como nadie, ni las mismas enfermeras, sabia tanto de medicina como él, lo dejaron tranquilo.

El que quedó sin corazón, pero con un hígado en perfectas condiciones, como es lógico murió al instante. Al que le pusieron el hígado malo, como es lógico, se murió a primera hora del día siguiente, gracias a una peritonitis aguda. El que más duró fue al que le extrajeron el apéndice. Duró vivo como unos tres días y medio, pero al cabo de ese tiempo, falleció de un paro cardiaco fulminante que le robo la vida, dejándolo occiso de muerte terminal y determinante, para siempre (o como decía en este pueblo la gente “se murió para toda la vida”).

Los ingenuos familiares decían entre el llanto y la zozobra: «pero es que me parece muy raro que una operación a corazón abierto se la hayan hecho por el sitio del apéndice». Los muy inocentes no se habían dado cuenta de la confusión del anciano médico, que más que médico, ya era curandero.

Al final del macabro cuento, los pobladores se dieron cuenta entre la frecuencia de los entierros y las historias de las familias, que el asesino carnicero era el único médico del lugar. Los habitantes al percatarse del siniestro asesino ingenuo, pusieron la subjetividad por encima de la justicia y por cariño dejaron al viejo médico seguir viviendo en el pueblo.

Y desde luego, pidieron otro médico al Ministerio de Salubridad para que se encargara del Centro Asistencial. Aunque, por precaución, intentaron en lo posible de no enfermarse, ¡Ni de gripe!